XI

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS (*) 1895 [1950]

A) ADVERTENCIA DE LA EDICIÓN ALEMANA

EL siguiente manuscrito data del otoño de 1895. Su primera y su segunda parte fueron comenzadas ya en el tren, mientras Freud regresaba de un encuentro con Fliess (carta del 23-9-1895), y una parte de estas páginas está escrita con lápiz; fueron concluidas el 25 de septiembre (véase la fecha que encabeza la parte II). La tercera parte fue comenzada el 5 de octubre de 1895, y el día 8 del mismo mes Freud remitió a Fliess las tres partes juntas.

Una cuarta parte, que debía referirse a la psicología de la represión, considerada por Freud como «la clave de todo el enigma», no fue, a todas luces, concluida nunca. En el curso de la elaboración de este problema se intensificaron en Freud las reservas contra la utilidad del enfoque intentado en el Proyecto, dudas que comenzaron a surgir poco después de terminar esta labor, iniciada con tan febril interés. Ya el 29 de noviembre de 1895 (carta núm. 36), Freud se muestra escéptico: «Ya no acierto a comprender mi propio estado de ánimo cuando me hallaba dedicado a incubar la psicología». En la carta número 39, del 1º de enero de 1896, intenta una revisión de sus hipótesis sobre las interrelaciones de los tres tipos de neuronas, aclarando en particular la posición de las «neuronas perceptivas». Más de un año después de haber escrito el Proyecto, su concepción había evolucionado a punto tal que pudo esbozar un modelo del aparato psíquico, más o menos en el mismo sentido en que se halla representado en el capítulo VII de La interpretación de los sueños (carta núm. 52, del 6 de diciembre de 1896). A partir de esa fecha se extinguió su interés por el intento de representar el aparato psíquico en términos neurofisiológicos. Años después aludió al fracaso de sus esfuerzos en este sentido con las siguientes palabras: «La investigación científica ha demostrado irrebatiblemente que la actividad psíquica está vinculada a la función del cerebro más que a la de ningún otro órgano. La comprobación de la desigual importancia que tienen las distintas partes del cerebro y de sus relaciones particulares con determinadas partes del cuerpo y con determinadas actividades psíquicas nos lleva un paso más adelante, aunque no podríamos decir si este paso es grande. Pero todos los intentos realizados para deducir de estos hechos una localización de los procesos psíquicos, es decir, todos los intentos de concebir las ideas como almacenadas en las células nerviosas y las excitaciones como siguiendo el curso de las fibras nerviosas, han fracasado por completo». Las más recientes investigaciones neurofisiológicas ratifican, en términos generales, esta concepción; véase, al respecto, el brillante trabajo de E. D. Adrian sobre Los orígenes mentales y físicos de la conducta. [Adrian, 1946].

Bajo el manto de la terminología neurofisiológica, empero, el Proyecto revela un cúmulo de hipótesis psicológicas concretas, de presunciones teóricas generales y de sugerencias diversas. Después de la reestructuración impuesta por la renuncia al enfoque fisiológico, muchas de estas ideas ingresaron en las obras posteriores de Freud y algunas de ellas forman parte del fondo seguro y establecido de hipótesis psicoanalíticas. Otras partes del Proyecto, en cambio -como el desarrollo de la psicología cogitativa, en la tercera parte-, no hallaron consideración similar en los escritos de Freud. a pesar de que ciertas nociones aquí expuestas bien podrían adaptarse al sistema de las hipótesis psicoanalíticas.

La continuación inmediata del Proyecto en los trabajos publicados de Freud debe buscarse en La interpretación de los sueños. Sin embargo, la nueva formulación de la naturaleza del aparato psíquico, que se intenta en el capítulo VII de dicha obra, que, por lo menos en un punto, muy por detrás de las hipótesis adelantadas en el Proyecto: en efecto, la posición de la función perceptiva no pudo ser totalmente explicada en la obra ulterior. (Véase, al respecto, Adición metapsicológica a la teoría de los sueños. 1915). Este problema sólo fue resuelto por las hipótesis de Freud sobre la estructura psíquica, desarrolladas en El «yo» y el «ello» [1923] y ulteriormente. Pero es precisamente este desarrollo el que se halla prefigurado en el

Proyecto, en la hipótesis exhaustivamente fundamentada de una «organización yoica» permanentemente caracterizada, hipótesis que fructificó en la mente de Freud después de un intervalo de treinta años.

En la época en que redactó su Proyecto, el interés de Freud estaba concentrado principalmente en los aspectos neurofisiológicos del problema. Al fracasar las hipótesis que había adoptado al respecto, también abandonó por un tiempo otras reflexiones pertinentes al mismo problema. Esto bien podría ser particularmente cierto en cuanto a las hipótesis sobre el yo, que en el Proyecto se vinculan a un grupo específicamente determinado de neuronas.

Inmediatamente después de haber redactado el Proyecto, el interés de Freud se orientó hacia cuestiones muy distintas. Con su retorno a la labor clínica, durante el otoño de 1895, la teoría de las neurosis ocupa el primer plano en sus inquietudes, y su principal descubrimiento de ese período concierne a la distinción entre las condiciones genéticas de la neurosis obsesiva y de la histeria. (Cartas número 34 y sig.)

A fin de facilitar al lector la comprensión de los pensamientos expuestos aquí en máxima condensación, hemos antepuesto a la reimpresión del manuscrito un índice temático, y cuando en el texto se interrumpe la exposición de un tema determinado, hemos indicado en notas al pie el punto en que la misma se reasume.

[El traductor inglés ha insertado algunas aclaraciones más en el texto mismo y ha agregado algunas notas al pie. Estos agregados se hallan debidamente caracterizados se comprende que todas las demás notas al pie son de los recopiladores de la edición alemana. En la traducción inglesa los capítulos están numerados para facilitar la referencia a los mismos. I.]

B) PRIMERA PARTE

ESQUEMA GENERAL

INTRODUCCIÓN

LA finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco. El proyecto entraña dos ideas cardinales:

1. lo que distingue la actividad del reposo debe concebirse como una cantidad (Q) sometida a las leyes generales del movimiento;

2. como partículas materiales en cuestión deben admitirse las neuronas. N y Qh [neuronas y cantidad] [*]. Actualmente se emprenden muchos intentos de esta especie.

C) SEGUNDA PARTE

PSICOPATOLOGÍA

25-9-1895.

LA primera parte de este Proyecto contiene todo lo que pude deducir, en cierto modo a priori, de su hipótesis básica. remodelándolo y corrigiéndolo de acuerdo con unas pocas experiencias objetivas. En esta segunda parte procuro determinar con mayor precisión este sistema erigido sobre dicha hipótesis básica, recurriendo para ello al análisis de ciertos procesos patológicos. En una tercera parte intentaré estructurar, fundándome en las dos anteriores, las características del suceder psíquico normal.

D) TERCERA PARTE

INTENTO DE REPRESENTAR LOS PROCESOS y NORMALES

5-10-1895

[1]

Debe ser posible explicar mecánicamente los denominados «procesos secundarios», atribuyéndolos al efecto que una masa de neuronas con una catexis constante (el yo) ejerce sobre otras neuronas con catexis variables. Comenzaré por intentar una descripción psicológica de tales procesos.

Si por un lado tenemos el yo y por el otro W (percepciones) -es decir, catexis en y venidas de j; (del mundo exterior)-, entonces tendremos que encontrar un mecanismo que induzca al yo a seguir las percepciones y a influir sobre ellas. Ese mecanismo radica, según creo, en el hecho de que, de acuerdo con mis hipótesis, toda percepción excita w; es decir, emite un signo de cualidad [*]. Dicho más correctamente, excita consciencia (consciencia de una cualidad) en W, y la descarga de la excitación perceptiva provee a y con una noticia que constituye precisamente, dicho signo de cualidad. Por consiguiente, propongo la sugerencia de que serían estos signos de cualidad los que interesan a y en la percepción [véase parágrafo 19 de la primera parte].

Tal sería, pues, el mecanismo de la atención psíquica [*]. Me resulta difícil dar una explicación mecánica (automática) de su origen. Creo, por tanto, que está biológicamente determinada, es decir, que se ha conservado en el curso de la evolución psíquica, debido a que toda otra conducta por parte de y ha quedado excluida en virtud de ser generadora de displacer. El efecto de la atención psíquica es el de catectizar las mismas neuronas que son las portadoras de la catexis perceptiva. Este estado de atención tiene un prototipo en la vivencia de satisfacción [parágrafo 11 de la primera parte], que es tan importante para todo el curso del desarrollo, y en las repeticiones de dicha experiencia: los estados de anhelo desarrollados hasta convertirse en estados de deseo y estado de expectación. Ya demostré [primera parte, parágrafo 16-18] que dichos estados contienen la justificación biológica de todo pensar. La situación psíquica es, en dichos estados, la siguiente: el anhelo implica un estado de tensión en el yo y, a consecuencia de éste, es catectizada la representación del objeto amado (la idea desiderativa). La experiencia biológica nos enseña que esta representación no debe ser catectizada tan intensamente que pueda ser confundida con una percepción, y que su descarga debe ser diferida hasta que de ella partan signos de cualidad que demuestren que la representación es ahora real; es decir, que su catexis es perceptiva. Si surgiera una percepción que fuese idéntica o similar a la idea desiderativa, se encontraría con sus neuronas ya precatectizadas por el deseo; es decir, algunas de ellas, o todas, estarán ya catectizadas, de acuerdo con la medida en que coincidan la representación [idea desiderativa] y la percepción. La diferencia entre dicha representación y la percepción recién llegada da dirigen, entonces, al proceso cogitativo [del pensamiento], que tocará a su fin cuando se haya encontrado una vía por la cual las catexis perceptivas sobrantes [discrepantes] puedan ser convertidas en catexis ideativas: en tal caso se habrá alcanzado la identidad [*].

La atención consistirá entonces en establecer la situación psíquica del estado de expectación también para aquellas percepciones que no coinciden, ni siquiera en parte, con las catexis desiderativas. Sucede, simplemente, que ha llegado a ser importante emitir catexis al encuentro de todas las percepciones. En efecto, la atención está biológicamente justificada, sólo se trata de guiar al yo en cuanto a cuál catexis expectante debe establecer, y a tal objeto sirven los signos de cualidad.

Aun es posible examinar más de cerca el proceso de [establecer una] actitud psíquica [de atención]. Supongamos, para comenzar, que el yo no esté prevenido y que entonces surja una catexis perceptiva, seguida por sus signos de cualidad. La estrecha facilitación entre estas dos noticias intensificará todavía más la catexis perceptiva, produciéndose entonces la catectización atentiva de las neuronas perceptivas. La siguiente percepción del mismo objeto resultará (de acuerdo con la segunda ley de asociación) en una catexis más copiosa de la misma percepción, y sólo esta última será la percepción psíquicamente utilizable.

(Ya de esta primera parte de nuestra descripción se desprende una regla de suma importancia: la catexis perceptiva, cuando ocurre por primera vez, tiene escasa intensidad y posee sólo reducida cantidad (Q), mientras que la segunda vez, existiendo ya una precatexis de y, la cantidad afectada es mayor. Ahora bien: la atención no implica, en principio, ninguna alteración intrínseca en el juicio acerca de los atributos cuantitativos del objeto, de modo que la cantidad externa (Q) de los objetos no puede expresarse en y por cantidad psíquica (Qh). La cantidad psíquica (Qh) significa algo muy distinto, que no está representado en la realidad, y, efectivamente, la cantidad externa (Q) está expresada en y por algo distinto, a saber, por la complejidad de las catexis. Pero es por este medio que la cantidad externa (Q) es mantenida apartada de y [parágrafo 9 de la primera parte]).

He aquí una descripción todavía más satisfactoria [del proceso expuesto en el penúltimo párrafo]. Como resultado de la experiencia biológica, la atención de y está constantemente dirigida a los signos de cualidad. Estos signos ocurren, pues, en neuronas que ya están precatectizadas, alcanzando así una cantidad suficiente magnitud. Los índices de cualidad así intensificados intensifican a su vez, merced a su facilitación, las catexis perceptivas, y el yo ha aprendido a disponer las cosas de modo tal que sus catexis atentivas sigan el curso de ese movimiento asociativo al pasar de los signos de cualidad hacia la percepción. De tal manera [el yo] es guiado para que pueda catectizar precisamente las percepciones correctas o su vecindad. En efecto, si admitimos que es la misma cantidad (Qh) procedente del yo la que corre a lo largo de la facilitación entre el signo de cualidad y la percepción, hasta habremos encontrado una explicación mecánica (automática de la catexis de atención. Así, pues, la atención abandona los signos de cualidad para dirigirse a las neuronas perceptivas, ahora hipercatectizadas.

Supongamos que, por uno u otro motivo, fracase el mecanismo de la atención. En tal caso no se producirá la catectización desde y de las neuronas perceptivas y la cantidad (Q) que a ellas haya llegado se transmitirá a lo largo de las mejores facilitaciones, o sea, en forma puramente asociativa, en la medida en que lo permitan las relaciones entre las resistencias y la cantidad de la catexis perceptiva. Probablemente este pasaje de cantidad no tardaría en llegar a su fin, puesto que la cantidad (Q) se divide y no tarda en reducirse, en alguna de las neuronas siguientes, a un nivel demasiado bajo para el curso ulterior. El decurso de las cantidades vinculadas a la percepción (Wq) puede, bajo ciertas circunstancias, suscitar ulteriormente la atención o no; en este último caso terminará silenciosamente en la catectización de cualquier neurona vecina, sin que lleguemos a conocer el destino ulterior de dicha catexis. Tal es el curso de una percepción no acompañada por atención, como ha de ocurrir incontables veces en cada día. Como lo demostrará el análisis del proceso de la atención, dicho curso no puede llegar muy lejos, circunstancia de la cual cabe inferir la reducida magnitud de las cantidades vinculadas a la percepción (Wq).

En cambio, si el sistema W ha recibido su catexis de atención, puede ocurrir toda una serie de cosas, entre las cuales cabe destacar dos situaciones: la del pensar común y la de sólo pensar observando. Este último caso parecería ser el más simple; corresponde aproximadamente al estado del investigador que, habiendo hecho una percepción, se pregunta: «¿Qué significa esto? ¿Adónde conduce?» Lo que sucede entonces es lo siguiente (pero en aras de la simplicidad tendré que sustituir ahora la compleja catectización perceptiva por la de una única neurona). La neurona perceptiva está hipercatectizada, la cantidad, compuesta de cantidad externa y de cantidad psíquica (Q y Qh) fluye a lo largo de las mejores facilitaciones y supera cierto número de barreras, de acuerdo con las resistencia y la cantidad intervinientes. Llegará a catectizar algunas neuronas asociadas, pero no podrá superar otras barreras, porque la fracción [de cantidad] que llega a incidir sobre ellas es inferior a su umbral. Seguramente serán catectizadas neuronas más numerosas y más alejadas que en el caso de un mero proceso asociativo que se desarrolle sin atención. Finalmente, empero, la corriente desembocará, también en este caso, en determinadas catexis terminales o en una sola. El resultado de la atención será que en lugar de la percepción aparecerán una o varias catexis mnemónicas, conectadas por asociación con la neurona inicial.

En aras de la simplicidad, supongamos también que se trate de una imagen mnemónica única. Si ésta pudiese volver a ser catectizada (con atención) desde y, el juego se repetiría: la cantidad (Q) volvería a fluir una vez más y catectizaría (evocaría) una nueva imagen mnemónica, recorriendo para ello la vía de la mejor facilitación . Ahora bien: el propósito del pensamiento observador es a todas luces el de llegar a conocer en la mayor extensión posible las vías que arrancan del sistema W, pues de tal modo podrá agotar el conocimiento del objeto perceptivo. (Se advertirá que la forma de pensamiento aquí descrita lleva el (re)conocimiento). De

ahí que se requiera una vez más una catexis y para las imágenes mnemónicas ya alcanzadas; pero también se requiere un mecanismo que dirija dicha catexis a los lugares correctos. ¿Cómo, sino así, podrían saber las neuronas y en el yo adónde debe dirigirse la catexis? Un mecanismo de atención como el que anteriormente hemos descrito vuelve a presuponer, sin embargo, la presencia de signos de cualidad. ¿Acaso aparecen éstos en el decurso asociativo? De acuerdo con nuestras presuposiciones, normalmente no; pero bien podrían ser obtenidos por medio del siguiente nuevo dispositivo. En condiciones normales, los signos de cualidad sólo emanan de la percepción, de modo que todo se reduce a extraer una percepción del decurso de cantidad (Qh). si el decurso de cantidad (Qh) entrañara una descarga además del mero pasaje, esa descarga daría, como cualquier otro movimiento, un signo de movimiento. Después de todo, los mismos signos de cualidad son noticias de descarga. (Más adelante podremos considerar de qué tipo de descarga son noticias). Ahora puede ocurrir que durante un decurso cuantitativo (Qh) también sea catectizada una neurona motriz, que a continuación descargará la cantidad (Qh) y dará origen a un signo de cualidad. Mas se trata de que obtengamos tales descargas de todas las catexis. Pero no todas [las descargas] son motrices, de modo que con este propósito deberán ser colocadas en una firme facilitación con neuronas motrices.

Esta finalidad es cumplida por las asociaciones verbales, que consisten en la conexión de neuronas y con neuronas empleadas por las representaciones vocales y que, a su vez, se encuentran íntimamente asociadas con imágenes verbales motrices. Estas asociaciones [verbales] tienen sobre las demás la ventaja de poseer otras dos características: son circunscritas (es decir, escasas en número) y son exclusivas. La excitación progresa, en todo caso, de la imagen vocal a la imagen verbal y de ésta a la descarga. Por consiguiente, si las imágenes mnemónicas son de tal naturaleza que una corriente parcial pueda pasar de ellas a las imágenes vocales y a las imágenes verbales motrices, entonces la catexis de las imágenes mnemónicas estará acompañada por noticias de una descarga, y éstas son signos de cualidad, o sea, al mismo tiempo signos de que el recuerdo es consciente. Ahora bien: si el yo precatectiza estas imágenes verbales, como antes precatectizó las imágenes de la descarga de percepciones, se habrá creado con ello el mecanismo que le permitirá dirigir la catexis y a los recuerdos que surjan durante el pasaje de cantidad [Qh] [*]. He aquí el pensamiento observador consciente.

Además de posibilitar el (re)conocimiento, las asociaciones verbales efectúan aún otra cosa de suma importancia. Las facilitaciones entre las neuronas y constituyen, como sabemos, la memoria, o sea, la representación de todas las influencias que y ha experimentado desde el mundo exterior. Ahora advertimos que el propio yo también catectiza las neuronas y y suscita corrientes que seguramente deben dejar trazas en la forma de facilitaciones. Pero y no dispone de ningún medio para discernir entre estos resultados de los procesos cogitativos y los resultados de los procesos perceptivos. Los procesos perceptivos, por ejemplo, pueden ser (reconocidos) y reproducidos merced a su asociación con descargas de percepción; pero de las facilitaciones establecidas por el pensamiento sólo queda su resultado, y no un recuerdo. Una misma facilitación cogitativa puede haberse generado por un solo proceso intenso o por diez procesos menos susceptibles de dejar una impronta. Los signos de descarga verbal son los que vienen ahora a subsanar este defecto, pues equiparan los procesos cogitativos a procesos perceptivos, confiriéndoles realidad y posibilitando su recuerdo. [Véase más adelante el parágrafo 3.]

También merece ser considerado el desarrollo biológico de estas asociaciones verbales, tan importantes. La inervación verbal es primitivamente una descarga que actúa como válvula de seguridad para y, sirviendo para regular en ella las oscilaciones de cantidad (Qh) y funcionando como una parte de la vía que conduce a la alteración interna y que representa el único medio de descarga mientras todavía no se ha descubierto la acción específica. Esta vía adquiere una función secundaria al atraer la atención de alguna persona auxiliar (que por lo común es el mismo objeto desiderativo) hacia el estado de necesidad y de apremio en que se encuentra el niño; desde ese momento servirá al propósito de la comunicación quedando incluida así en la acción específica.

Como ya hemos visto [parágrafos 16-17], cuando se inicia la función judicativa las percepciones despiertan interés en virtud de su posible conexión con el objeto deseado y sus complejos son descompuestos en una porción no asimilable (la «cosa») [*] y una porción que es conocida por el yo a través de su propia experiencia (los atributos, las actividades [de la cosa]. Este proceso, que denominamos comprender, ofrece dos puntos de contacto con la expresión verbal [por el lenguaje]. En primer lugar, existen objetos (percepciones) que nos hacen gritar, porque provocan dolor; esta asociación de un sonido -que también

suscita imágenes motrices de movimientos del propio sujeto- con una percepción que ya es de por sí compleja destaca el carácter hostil del objeto y sirve para dirigir la atención a la percepción; he aquí un hecho que demostrará tener extraordinaria importancia. En una situación en que el dolor nos impediría obtener buenos signos de cualidad del objeto, la noticia del propio grito nos sirve para caracterizarlo. Esta asociación conviértese así en un recurso para conscienciar los recuerdos que provocan displacer y para convertirlos en objetos de la atención: la primera clase de recuerdos conscientes ha quedado así creada [*]. Desde aquí sólo basta un corto paso para llegar a la invención del lenguaje. Existen objetos de un segundo tipo que por sí mismos emiten constantemente ciertos sonidos, o sea, objetos en cuyo complejo perceptivo interviene también un sonido. En virtud de la tendencia imitativa que surge en el curso del proceso del juicio [parágrafo 18 de la primera parte] es posible hallar una noticia de movimiento [de uno mismo] que corresponda a esa imagen sonora. También esta clase de recuerdos puede tornarse ahora consciente. Sólo hace falta agregar asociativamente a las percepciones sonidos deliberadamente producidos, para que los recuerdos despertados al atender a los signos de descarga tonal se tornen conscientes, igual que las percepciones, y puedan ser catectizados desde y.

Así hemos comprobado que lo característico del proceso del pensamiento cognoscitivo es el hecho de que la atención se encuentre desde un principio dirigida a los signos de la descarga cogitativa, o sea, a los signos verbales [del lenguaje]. Como sabemos, también el denominado pensamiento «consciente» se lleva a cabo acompañado por una ligera descarga motriz [*].

El proceso de seguir el decurso de la cantidad (Q) a través de una asociación puede ser proseguido, pues, durante un lapso indefinido de tiempo, continuando por lo general hasta llegar a elementos asociativos terminales, que son «plenamente conocidos». La fijación de esta vía y de los puntos terminales constituye el «(re)conocimiento» de lo que fue quizá una nueva percepción.

Bien quisiéramos tener ahora alguna información cuantitativa sobre este proceso del pensamiento cognoscitivo. Ya sabemos que en este caso la percepción está hipercatectizada, en comparación con el proceso asociativo simple, y que el proceso mismo [del pensamiento] consiste en un desplazamiento de cantidades (Qh) que es regulado por la asociación con signos de cualidad. En cada punto de detención se renueva la catexis y, y finalmente tiene lugar una descarga a partir de las neuronas motrices de la vía del lenguaje. Cabe preguntarse ahora si este proceso significa para el yo una considerable pérdida de cantidad (Qh), o si el gasto consumido por el pensamiento es relativamente leve. La respuesta a esta cuestión nos es sugerida por el hecho de que las inervaciones del lenguaje derivadas en el curso del pensamiento son evidentemente muy pequeñas. No hablamos realmente [al pensar], como tampoco nos movemos realmente cuando nos representamos una imagen de movimiento. Pero la diferencia entre imaginación y movimiento es sólo cuantitativa, como nos lo han enseñado las experiencias de «lectura del pensamiento». Cuando pensamos con intensidad realmente podemos llegar a hablar en voz alta. Pero ¿cómo es posible efectuar descargas tan pequeñas si, como sabemos, las cantidades pequeñas (Qh) no pueden cursar y las grandes se nivelan en masa a través de las neuronas motrices?

Es probable que las cantidades afectadas por el desplazamiento en el proceso cogitativo no sean de considerable magnitud. En primer lugar, el gasto de grandes cantidades (Qh) significaría para el yo una pérdida que debe ser limitada en la medida de lo posible, dado que la cantidad (Qh) es requerida para la acción específica, tan exigente. En segundo lugar, una cantidad considerable (Qh) recorrería simultáneamente varias vías asociativas, con lo cual no dejaría tiempo suficiente para la catectización del pensamiento y causaría además un gasto considerable. Por consiguiente, las cantidades (Qh) que cursan durante el proceso del pensamiento deben ser forzosamente reducidas. No obstante [*], de acuerdo con nuestra hipótesis, la percepción y el recuerdo deben estar hipercatectizados en el proceso del pensamiento, y deben estarlo en medida más intensa que en la percepción simple. Además, existen diversos grados de intensidad de la atención, lo que sólo podemos interpretar en el sentido de que existen diversos grados de intensificación de las cantidades catectizantes (Qh). En tal caso el proceso de la vigilancia observadora [de las asociaciones] sería precisamente tanto más difícil cuanto más intensa fuese la atención, lo que sería tan inadecuado que ni siquiera podemos admitirlo.

Así nos encontramos frente a dos requerimientos aparentemente contradictorios: fuerte catexis y débil desplazamiento. Si quisiéramos armonizarlos nos veríamos obligados a admitir algo que podría calificarse como un estado de «ligadura» [*] en las neuronas, que aun en presencia de una catexis elevada

permite sólo una escasa corriente. Esta hipótesis se torna más verosímil considerando que la corriente en una neurona es evidentemente afectada por las catexis que la rodean. Ahora bien: el propio yo es una masa de neuronas de esta especie que mantienen fijadas sus catexis; es decir, que se encuentran en estado de ligadura, cosa que evidentemente sólo puede ser el resultado de su influencia mutua. Por tanto, bien podemos imaginarnos que una neurona perceptiva, catectizada con atención, sea por ello en cierto modo transitoriamente absorbida por el yo, y que desde ese momento se encuentre sujeta a la misma ligadura de su cantidad (Qh) que afecta a todas las demás neuronas yoicas. Si es catectizada más intensamente la cantidad (Q) de su corriente puede quedar disminuida en consecuencia, y no necesariamente aumentada (?). Podemos imaginarnos, verbigracia, que en virtud de esta ligadura sea librada a la corriente precisamente la cantidad externa (Q), mientras que la catexis de la atención quede ligada; un estado de cosas que no necesita ser, por cierto, permanente.

Así, el proceso del pensamiento quedaría mecánicamente caracterizado por esta condición de «ligadura» que combina una elevada catexis con una reducida corriente [de cantidad]. Cabe imaginar otros procesos en los cuales la corriente sea proporcional a la catexis, o sea, procesos con descarga no inhibida.

Espero que la hipótesis de semejante estado de «ligadura» demuestre ser mecánicamente sostenible. Quisiera ilustrar las consecuencias psicológicas a que conduce dicha hipótesis. Ante todo, parecería adolecer de una contradición interna, pues si el estado de «ligadura» significa que en presencia de una catexis de esta especie sólo restan pequeñas cantidades (Q) para efectuar desplazamientos, ¿cómo puede dicho estado llegar a incluir nuevas neuronas; es decir, a hacer pasar grandes cantidades (Q) hacia nuevas neuronas? Planteando la misma dificultad en términos más simples: ¿cómo fue posible que se desarrollara siquiera un yo así constituido?

De esta manera nos encontramos inesperadamente ante el más oscuro de todos los problemas: el origen del yo; es decir, de un complejo de neuronas que mantienen fijada su catexis, o sea, que constituyen por breves períodos un complejo con nivel constante [de cantidad] [*]. La consideración genética de este problema será la más promisora. Originalmente el yo consiste en las neuronas nucleares, que reciben cantidad endógena (Qh) por las vías de conducción y que la descargan por medio de la alteración interna. La «vivencia de satisfacción» procura a este núcleo una asociación con una percepción (la imagen desiderativa) y con una noticia de movimiento (la porción refleja de la acción específica). La educación y el desarrollo de este yo primitivo tienen lugar en el estado repetitivo del deseo, o sea, en los estados de expectación. El yo comienza por aprender que no debe catectizar las imágenes motrices (con la descarga consiguiente), mientras no se hayan cumplido determinadas condiciones por parte de la percepción. Aprende además que no debe catectizar la idea desiderativa por encima de cierta medida, pues si así lo hiciera se engañaría a sí mismo de manera alucinatoria. Si respeta, empero, estas dos restricciones y si dirige su atención hacia las nuevas percepciones, tendrá una perspectiva de alcanzar la satisfacción perseguida. Es claro entonces que las restricciones que impiden al yo catectizar la imagen desiderativa y la imagen motriz por encima de cierta medida son la causa de una acumulación de cantidad (Qh) en el yo y parecerían obligarlo a transferir su cantidad (Qh), dentro de ciertos límites, a las neuronas que se encuentren a su alcance.

Las neuronas nucleares hipercatectizadas inciden, en última instancia; sobre las vías de conducción desde el interior del cuerpo, que se han tornado permeables en virtud de su continua repleción con cantidad (Qh); debido a que son prolongaciones de estas vías de conducción, las neuronas nucleares también deben quedar llenas de cantidad (Qh). La cantidad que en ellas exista se derivará en proporción a las resistencias que se opongan a su curso, hasta que las resistencias más próximas sean mayores que la fracción de cantidad [Qh] disponible para la corriente. Pero una vez alcanzado este punto, la totalidad de la masa catéctica se encontrará en un estado de equilibrio, sostenida, de una parte, por las dos barreras contra la motilidad y el deseo; de la otra parte, por las resistencias de las neuronas más lejanas, y hacia el interior, por la presión constante de las vías de conducción. En el interior de esta estructura que constituye el yo la catexis no será, en modo alguno, igual por doquier; sólo necesita ser proporcionalmente igual; es decir, en relación con las facilitaciones. [Véase el parágrafo 19].

Si el nivel de catectización asciende en el núcleo del yo, la amplitud de éste podrá dilatarse, mientras que si desciende, el yo se constreñirá concéntricamente. En un nivel determinado y en una amplitud determinada del yo no habrá obstáculo alguno contra el desplazamiento [de catexis] dentro del territorio catectizado.

Sólo queda por averiguar ahora cómo se originan las dos barreras que garantizan el nivel constante del yo, en particular el de las barreras contra las imágenes de movimiento que impiden la descarga. Aquí nos encontramos ante un punto decisivo para nuestra concepción de toda la organización. Sólo podemos decir que cuando aún no existía esta barrera y cuando, junto con el deseo, producíase también la descarga motriz, el placer esperado debió de faltar siempre y el desencadenamiento continuo de estímulos endógenos concluyó por causar displacer. Sólo esta amenaza de displacer, vinculada a la descarga prematura, puede corresponder a la barrera que aquí estamos considerando. En el curso del desarrollo ulterior la facilitación asume una parte de la tarea [de llevar a cabo las restricciones]. Sigue en pie, sin embargo, el hecho de que la cantidad (Qh) en el yo se abstiene de catectizar, sin más ni más, las imágenes motrices, pues si así lo hiciera llevaría a un desencadenamiento de displacer.

Todo lo que aquí describo como una adquisición biológica del sistema neuronal me lo imagino representado por semejante amenaza de displacer, cuyo efecto consistiría en que no sean catectizadas aquellas neuronas que conducen al desencadenamiento de displacer. Esto constituye la defensa primaria, lógica consecuencia de la tendencia básica del sistema neuronal [parágrafo 1 de la primera parte]. El displacer sigue siendo el único medio de educación. No atino a decidir, por supuesto, cómo podríamos explicar mecánicamente dicha defensa primaria, esa no-catectización por amenaza de displacer.

De aquí en adelante me atreveré a omitir toda representación mecánica de tales reglas biológicas basadas en la amenaza de displacer; me conformaré con poder dar, fundándome en ellas, una descripción admisible y consecuente del desarrollo.

Existe sin duda una segunda regla biológica derivada por abstracción del proceso de expectación: la de que es preciso dirigir la atención a los signos de cualidad (porque éstos pertenecen a percepciones que podrían conducir a la recién surgida). En suma, el mecanismo de la atención tendrá que deber su origen a una regla biológica de esta naturaleza que regule el desplazamiento de las catexis del yo [*].

Podríase objetar que tal mecanismo, actuando con ayuda de los signos de cualidad, es superfluo. El yo -se argumentará- podría haber aprendido biológicamente a catectizar por sí solo la esfera perceptiva en el estado de expectación, en vez de esperar que los signos de cualidad lo conduzcan a tal catectización. No obstante, podemos señalar dos puntos en justificación del mecanismo de atención: 1) el sector de los signos de descarga emanados del sistema W (w) es a todas luces menor y comprende menos neuronas que el sector de la percepción; es decir, de todo el pallium de y que está conectado con los órganos sensoriales. Por consiguiente, el yo se ahorra un extraordinario gasto si mantiene catectizada la descarga en lugar de la percepción. 2) Los signos de descarga o los signos de cualidad también son originariamente signos de realidad, destinados a servir precisamente a la distinción entre las catexis de percepciones reales y las catexis de deseos. Vemos, pues, que no es posible prescindir del mecanismo de atención. Además, éste siempre consiste en que el yo catectiza aquellas neuronas en las que ya ha aparecido una catexis.

Mas la regla biológica de la atención, en la medida en que concierne al yo, es la siguiente: cuando aparezca un signo de realidad, la catexis perceptiva que exista simultáneamente deberá ser hipercatectizada. He aquí la segunda regla biológica; la primera era la de la defensa primaria.

[2]

De lo que antecede podemos derivar asimismo algunas insinuaciones generales para la explicación mecánica, como, por ejemplo, aquella que ya mencionamos, en el sentido de que la cantidad externa no puede ser representada por Qh, o sea, por cantidad psíquica. En efecto, de la descripción del yo y de sus oscilaciones se desprende que tampoco el nivel [de catexis] tiene relación alguna con el mundo exterior, o sea, que su reducción o elevación generales nada modifican, normalmente, en la imagen del mundo exterior. Dado que esta imagen se basa en facilitaciones, ello significa que las oscilaciones generales del nivel [de cantidad] nada modifican tampoco en dichas facilitaciones. Ya hemos mencionado también un segundo principio: el de que cantidades pequeñas pueden ser desplazadas con mayor facilidad cuando el nivel es alto que cuando es bajo.

He aquí unos pocos puntos a los cuales habrá de ajustarse la caracterización del movimiento neuronal, absolutamente desconocido todavía para nosotros.

Retornemos ahora a nuestra descripción del proceso del pensamiento observador o cognoscitivo. En él, al contrario de lo que ocurre en los procesos de expectación, las percepciones no inciden sobre catexis desiderativas, o sea, que son los primeros signos de realidad los que dirigen la atención del yo hacia la región perceptiva que habrá de ser catectizada. El decurso asociativo de la cantidad (Q) que [las percepciones] traen consigo tiene lugar por neuronas que ya están precatectizadas, y en cada pasaje vuelve a liberarse la Qj (la cantidad perteneciente a las neuronas j), que es desplazada [a lo largo de esas neuronas precatectizadas]. Durante este decurso asociativo se generan los signos de cualidad (del lenguaje), a consecuencia de los cuales el decurso asociativo se consciencia y se torna reproducible.

Una vez más podríase cuestionar aquí la utilidad de los signos cualitativos argumentando que lo único que hacen es inducir al yo a enviar una catexis hacia un punto en el que la catexis surgiría de todos modos durante el decurso asociativo. Pero no son ellos mismos los que proveen estas cantidades catectizantes (Qh), sino que a lo sumo aportan a ellas, y siendo esto así, el propio yo podría sin su ayuda hacer que su catexis corriera a lo largo del curso adoptado por la cantidad (Q).

No cabe duda que esto es muy cierto, pero la consideración de los signos de cualidad no es, por ello, superflua. En efecto, cabe destacar que la regla biológica de la atención que acabamos de establecer es una abstracción derivada de la percepción y que en un principio sólo rige para los signos de realidad. También los signos de descarga por medio del lenguaje son, en cierto sentido, signos de realidad -aunque sólo signos de la realidad cogitativa y no de la exterior [*]-; pero en modo alguno ha podido imponerse para estos signos de realidad cogitativa una regla biológica como la que estamos considerando, ya que su violación no entrañaría ninguna amenaza constante de displacer. El displacer producido al pasar por alto el (re)conocimiento no es tan flagrante como el que se genera al ignorar el mundo exterior, aunque ambos casos son, en el fondo, uno y el mismo. Así, pues, existe realmente una especie de proceso cogitativo observador, en el que los signos de cualidad nunca son evocados, o únicamente lo son en forma esporádica, siendo posibilitado dicho proceso porque el yo sigue automáticamente con sus catexis el decurso asociativo. Ese proceso cogitativo hasta es, con mucho el más frecuente de todos, y en modo alguno puede considerárselo anormal es nuestro pensamiento de tipo común; inconsciente, pero con ocasionales irrupciones a la consciencia; en suma, es el denominado «pensamiento consciente», con eslabones intermedios inconscientes que pueden, empero, ser conscienciados [*].

No obstante, el valor de los signos cualitativos para el pensamiento es incuestionable. En primer lugar, la suscitación de signos de cualidad intensifica las catexis en el decurso asociativo y asegura la atención automática, que, si bien no sabemos cómo, está evidentemente vinculada a la emergencia de catexis. Además -lo que parece ser más importante- la atención dirigida a los signos cualitativos asegura la imparcialidad del decurso de asociación. En efecto, al yo le resulta muy difícil colocarse en la situación del puro y simple «investigar» [explorar]. El yo casi siempre tiene catexis intencionales [*] o desiderativas, cuya presencia durante la actividad exploradora influye, como veremos más adelante sobre el curso de asociación, produciendo así un falso conocimiento de las percepciones. Ahora bien: no existe ninguna protección mejor contra esta falsificación por el pensamiento que la de una cantidad normalmente desplazable (Qh) que sea dirigida por el yo hacia una región incapaz de manifestar (es decir, de provocar) ninguna desviación semejante del decurso asociativo. Sólo existe un expediente de esta clase: la orientación de la atención hacia los signos de cualidad, pues éstos no equivalen a ideas intencionales, sino que, por el contrario, su catectización acentúa todavía más el decurso asociativo, al contribuir con nuevos aportes de la cantidad catectizante.

Por tanto, el pensamiento que es acompañado por la catectización de los signos de realidad cogitativa o de los signos de lenguaje representa la forma más alta y segura del proceso cogitativo cognoscitivo.

Dado que la suscitación de signos cogitativos es evidentemente útil, podemos presumir la existencia de dispositivos especialmente destinados a asegurarla. En efecto, los signos de pensamiento no surgen espontáneamente y sin la colaboración de y, a diferencia de los signos de realidad. La observación nos demuestra al respecto que dichos dispositivos no tienen en todos los procesos cogitativos la misma efectividad que poseen en los exploradores. Una condición previa para la suscitación de signos cogitativos es, en

principio, su catectización con atención en tales condiciones esos signos surgen en virtud de la ley según la cual la facilitación queda mejorada entre dos neuronas conectadas y simultáneamente catectizadas, No obstante, la atracción ofrecida por la precatectización de los signos cogitativos sólo tiene hasta cierto punto la fuerza suficiente para superar otras influencias. Así, por ejemplo, toda otra catexis vecina al decurso asociativo (como una catexis intencional o afectiva), competirá con aquélla [con la precatexis de atención] y tenderá a inconscienciar el decurso asociativo. Como lo confirma la experiencia, será producido un efecto similar si las cantidades que intervienen en el decurso asociativo son más considerables, pues elevarán el caudal de la corriente y acelerará con ello todo el decurso. La expresión cotidiana de que «algo ocurrió en uno con tal rapidez que uno ni siquiera se dio cuenta» es, sin duda, absolutamente correcta, y también es un hecho sabido que los afectos pueden interferir la suscitación de los signos cogitativos.

De todo esto se desprende una nueva regla para nuestra descripción mecánica de los procesos psíquicos: la de que el decurso asociativo, que no puede ser alterado por el nivel [de catexis], puede serlo, en cambio, por la propia magnitud de la cantidad (Q) fluente. En términos generales, una cantidad (Q) de gran magnitud adopta, a través de la red de facilitaciones, una vía distinta que la seguida por una cantidad menor. Creo que no será difícil ilustrar esta circunstancia.

Para cada barrera hay un valor umbral por debajo del cual ninguna cantidad (Q) puede pasar, ni mucho menos una fracción de la misma. Dichas cantidades demasiado pequeñas [subliminales] (Q) se distribuirán por otras dos vías cuyas facilitaciones alcancen a superar. Pero si la cantidad (Q) aumenta, también la primera vía podrá entrar en función, facilitando el pasaje de las fracciones que le correspondan; además, las catexis que excedan de la barrera ahora superable también podrán llegar a hacerse sentir. Aún existe otro factor susceptible de adquirir importancia. Cabe admitir que no todas las vías de una neurona sean receptivas para una cantidad (Q) [en un momento dado. (Nota del T.)], y esta diferencia puede considerarse como la anchura de vía. La anchura de vía es en sí misma independiente de la resistencia, pues esta última puede ser alterada por la cantidad en decurso (Abq) [*], mientras que la anchura de vía permanece constante. Supongamos ahora que al aumentar la cantidad (Q) se abra una vía que pueda hacer sentir su anchura, caso en el cual advertiremos la posibilidad de que el decurso de la cantidad (Q) sea fundamentalmente alterado por un aumento en la magnitud de la cantidad (Q) fluente. La experiencia cotidiana parece corroborar expresamente esta conclusión.

Así, la suscitación de los signos cogitativos parece estar subordinada al pasaje de pequeñas cantidades (Q). Con esto no pretendo afirmar que todo otro tipo de pasaje deba quedar inconsciente, pues la suscitación de los signos de lenguaje [*] 167) no es el único camino para la conscienciación.

¿Cómo podemos representarnos gráficamente, empero, aquel tipo de pensamiento que se consciencia esporádicamente, es decir, las ocurrencias repentinas? Recordemos que nuestro común pensamiento errátil [no intencional], aunque es acompañado por precatectización y por atención automática, no da mayor importancia a los signos cogitativos, ni se ha demostrado biológicamente que éstos sean imprescindibles para el proceso. No obstante, suelen aparecer: 1) cuando el curso liso y llano [de asociación] llega a un término o tropieza con un obstáculo; 2) cuando suscita una idea que, en virtud de otras razones, evoca signos cualitativos, es decir, consciencia. Llegado aquí, empero, he de abandonar la presente exposición.

[3]

Existen, evidentemente, otras formas del proceso cogitativo que no persiguen el desinteresado fin del (re)conocimiento, sino algún otro fin de índole práctica. Así, el estado de expectación, a partir del cual se desarrolló el pensamiento en general, es un ejemplo de este segundo tipo de pensamiento. En él se retiene firmemente una catexis desiderativa, mientras que una segunda catexis, perceptiva, emerge y es perseguida con atención. Pero el propósito de este proceso no es descubrir adónde conducirá en general [dicha catexis perceptiva], sino averiguar por qué vías conducirá a la activación de la catexis desiderativa que en el ínterin ha sido retenida. Este tipo de proceso cogitativo -biológicamente más primitivo- puede ser fácilmente representado basándonos en nuestras hipótesis. Sea + V la idea desiderativa que se mantiene especialmente catectizada, y W 168) la percepción que habrá de ser perseguida: en tal caso el primer resultado de la

catectización atentiva de W consistirá en que la Qj [la cantidad perteneciente a las neuronas j] fluya hacia la neurona a, la mejor facilitada; de ésta pasaría una vez más a la mejor vía, si no fuese interferida por la existencia de catexis colaterales. Si de a partiesen tres vías -b, c y d, en el orden de su [grado de] facilitación- y si d estuviera situada en la vecindad de la catexis desiderativa + V, el resultado bien podría ser que la Qj, a pesar de las facilitaciones, no fluyera hacia c y b, sino hacia d, y de allí hacia + V, revelándose así que la vía buscada era W -a - d - + V. Vemos actuar aquí el principio, que ya hemos admitido hace tiempo [parágrafo 11 de la primera parte], de que la catexis puede no seguir la facilitación, o sea, que también puede actuar contra ella y que, en consecuencia, la catexis colateral puede modificar el decurso de cantidad [Qh]. Dado que las catexis son modificables, está dentro del arbitrio del yo cambiar el curso adoptado desde W en el sentido de cualquier catexis intencional.

Bajo «catexis intencional» cabe entender aquí, no una catexis uniforme, como la que afecta todo un sector en el caso de la atención, sino una catexis en cierto modo «enfatizante», que sobresale por encima del nivel yoico. Probablemente sea preciso admitir que en este tipo de pensamiento con catexis intencionales simultáneamente fluye también cantidad [Qh] desde + V, de modo que el decurso [asociativo] desde W puede ser influido, no sólo por + V, sino también por los puntos sucesivos que recorre. La única diferencia es, en tal caso, que la vía desde + V … es conocida y está fijada, mientras que la vía que parte de W … a… es desconocida y aún debe ser descubierta. Dado que en realidad nuestro yo siempre alimenta catexis intencionales -a menudo hasta muchas al mismo tiempo-, podemos comprender ahora la dificultad de llevar a cabo un pensamiento puramente cognoscitivo, así como la posibilidad de alcanzar en el curso del pensamiento práctico las vías más dispares, en distintos momentos, bajo distintas circunstancias y por distintas personas.

El pensamiento práctico también nos permite apreciar en su justo valor las dificultades del pensamiento en general, que ya conocemos por propia experiencia. Retomemos nuestro ejemplo anterior, en el que la corriente Qj fluiría naturalmente [siguiendo las facilitaciones] hacia b y c, mientras que d sobresale por su estrecha conexión con la catexis intencional o con la idea derivada de ella. Puede ocurrir entonces que la influencia de la facilitación a favor de b…c sea tan considerable, que supere ampliamente la atracción hacia d… + V. A fin de que, no obstante, el decurso [de asociación] se dirija hacia + V, sería necesario que la catexis de + V y de sus ideas derivadas fuese intensificada aún más; quizá sería necesario también que la atención hacia W fuese modificada en el sentido de alcanzar un mayor o menor grado de «ligadura» y un nivel de corriente que sea más favorable a la vía d… + V. Tal gasto requerido para superar buenas facilitaciones con el objeto de atraer la cantidad (Q) hacia vías menos facilitadas, pero más próximas a la catexis intencional, corresponde plenamente a la dificultad del pensamiento.

El papel desempeñado por los signos de cualidad en el pensamiento práctico apenas difiere del que tienen en el pensamiento cognoscitivo. Los signos cualitativos aseguran y fijan el decurso [asociativo]; pero no son absolutamente indispensables para el mismo. Si reemplazamos las neuronas y las ideas individuales, respectivamente, por complejos de neuronas y de ideas, nos topamos con una complejidad del pensamiento práctico que se sustrae a toda posibilidad de descripción, aunque comprendemos que precisamente en estos casos sería conveniente llegar a conclusiones rápidas [véase parágrafo 4 de esta tercera parte]. En el curso del pensamiento práctico, empero, los signos cualitativos no suelen ser plenamente suscitados, y es precisamente su completo desarrollo el que sirve para amortiguar y complicar el decurso asociativo. Cuando dicho curso desde una percepción particular a determinadas y particulares catexis intencionales haya sido seguido repetidamente y se encuentre estereotipado por facilitaciones mnemónicas, generalmente no existiría ya motivo alguno para la suscitación de los signos de cualidad.

El fin del pensamiento práctico es [el establecimiento de] la identidad, es decir, el desemboque de la catexis Qj, desplazada, en la catexis desiderativa, que en el ínterin habrá sido firmemente retenida. Como consecuencia puramente biológica, cesa con ello toda necesidad de pensar y se posibilita, en cambio, la plena y total inervación de las imágenes motrices que hayan sido tocadas durante el pasaje [de cantidad], imágenes que en tales circunstancias constituyen un elemento accesorio permisible de la acción específica. Dado que durante el pasaje [de cantidad] la catexis de estas imágenes motrices sólo era de carácter «ligado», y dado que el proceso cogitativo partió de una percepción (W) que únicamente fue perseguida en calidad de imagen mnemónica, todo el proceso cogitativo puede independizarse tanto del proceso expectacional como de la realidad, progresando hacia la identidad sin experimentar modificación alguna. Así [el proceso cogitativo] parte de una mera representación [idea], y ni siquiera lleva a la acción una vez que ha concluido, pero [en el

ínterin] habrá producido un conocimiento práctico que, dada una oportunidad real, podrá ser utilizado. La experiencia demuestra, en efecto, que conviene tener preparado el proceso cogitativo práctico cuando se lo necesite en virtud de las condiciones de la realidad, y no tener que improvisarlo en tal ocasión.

Ha llegado el momento de restringir una afirmación establecida anteriormente: la de que la memoria de los procesos cogitativos sólo es posible gracias a los signos de cualidad, ya que en otro caso no se podrían diferenciar sus trazas de las que dejan las facilitaciones perceptivas. Podemos atenernos a que un recuerdo real no debería modificarse, normalmente, al reflexionar sobre el mismo; pero, por otra parte, es innegable que el pensar sobre un tema deja trazas extraordinariamente importantes para una próxima reflexión al respecto [*], y es muy dudoso si tal resultado surge exclusivamente de un pensar acompañado de signos cualitativos y de consciencia. Deben existir, pues, facilitaciones cogitativas [facilitaciones del pensamiento], pero sin que obliteren las vías asociativas originales. Como únicamente puede haber, empero, facilitaciones de una sola clase, se podría pensar que estas dos conclusiones serían incompatibles. No obstante, debe ser posible encontrar una manera de conciliarlas y de explicarlas en el hecho de que todas las facilitaciones cogitativas sólo se originaron una vez alcanzado un alto nivel [de catexis], y que probablemente también se hagan sentir sólo en presencia de un alto nivel, mientras que las facilitaciones asociativas, originadas en pasajes [de cantidad] totales o primarios, vuelven a exteriorizarse cuando se dan las condiciones de un decurso libre [*] [de cantidad]. Con todo esto no se pretende negar, sin embargo, todo posible efecto de las facilitaciones cogitativas sobre las asociativas.

Hemos logrado así la siguiente caracterización adicional del movimiento neuronal, todavía desconocido. La memoria consiste en facilitaciones. Las facilitaciones no son modificadas por un aumento del nivel [de catexis]; pero existen facilitaciones que sólo funcionan en un nivel particular. La dirección adoptada por el pasaje [de cantidad] no es alterada, en un principio, por el cambio de nivel; pero sí lo es por la cantidad de la corriente y por las catexis colaterales. Cuando el nivel es alto, las cantidades pequeñas (Q) son las más fácilmente desplazables.

Junto al pensamiento cognoscitivo y al pensamiento práctico, debemos diferenciar un pensamiento reproductivo o recordante, que en parte coincide con el práctico, pero que no lo cubre totalmente. Este recordar es la condición previa de todo examen realizado por el pensamiento crítico; persigue un determinado proceso cogitativo en sentido retrógrado, retrocediendo posiblemente hasta una percepción, y al hacerlo procede, una vez más, sin un fin dado (en contraste con el pensamiento práctico) y recurriendo copiosamente a los signos de cualidad. En este curso retrógrado el proceso se encuentra con eslabones intermedios que hasta entonces permanecieron inconscientes y que no dejaron tras de si ningún signo de cualidad, pero cuyos signos cualitativos emergerán posteriormente [ex post facto. I.]. De esto se desprende que el decurso cogitativo puede dejar trazas por si mismos, sin necesidad de signos cualitativos. Claro está que en algunos casos parecería que ciertos trechos [de un tren de ideas] sólo pueden ser conjeturados porque sus puntos inicial y terminal están dados por signos de cualidad.

La reproductibilidad de los procesos cogitativos sobrepasa ampliamente, en todo caso, la de sus signos de cualidad; pueden ser conscienciados a posteriori, aunque el resultado de un decurso cogitativo quizá deje trazas con mayor frecuencia que sus estadios intermedios.

En el decurso del pensamiento, sea éste cognoscitivo, crítico o práctico, pueden ocurrir múltiples y variados sucesos que merecen una descripción. El pensamiento puede conducir al displacer o puede llevar a la contradicción.

Examinemos el caso de que el pensamiento práctico, acompañado por catexis intencionales, lleve a un desencadenamiento de displacer. La experiencia cotidiana nos enseña que semejante suceso actúa como obstáculo para el proceso cogitativo. ¿Cómo es posible entonces que ocurra siquiera? Si un recuerdo genera displacer al ser catectizado, ello se debe, en términos muy generales, al hecho de que en su oportunidad, cuando acaeció, la percepción correspondiente generó displacer, o sea, que formó parte de una vivencia de dolor. La experiencia demuestra también que las percepciones de esta clase atraen un alto grado de atención, pero que no suscitan tanto sus propios signos de cualidad, sino más bien los de la reacción que dichas percepciones desencadenan; por tanto, están asociadas con sus propias manifestaciones de afecto y de defensa. Si perseguimos las visicitudes de tales percepciones una vez que se han convertido en imágenes mnemónicas, comprobamos que sus primeras repeticiones todavía despiertan afecto, tanto como displacer,

pero que con el correr del tiempo pierden esta capacidad. Simultáneamente experimentan otra transformación. Al principio conservan el carácter de las cualidades sensoriales; pero cuando dejan de ser capaces de suscitar afectos pierden también dichas cualidades sensoriales y se asemejan progresivamente a otras imágenes-mnemónicas. Si un tren de ideas se topa con aquel tipo de imagen mnemónica aún «indómita», se generan los signos cualitativos que le corresponden -a menudo de carácter sensorial-, además de sensaciones displacenteras y de tendencias a la descarga, cuya combinación caracteriza un afecto determinado, y con esto queda interrumpido el curso del pensamiento.

¿Qué podría ocurrir con los recuerdos susceptibles de generar afecto, para que concluyan por quedar dominados? No cabe suponer que el «tiempo» debilite su capacidad de repetir la generación de afecto, dado que normalmente dicho factor contribuye más bien a intensificar una asociación. Es evidente que a esas repeticiones debe ocurrirles, en el «tiempo», algo que lleve al sometimiento de los recuerdos, y ese algo sólo puede consistir en que [los recuerdos] lleguen a ser dominados por alguna relación con el yo o con las catexis del yo. Si dicho proceso tarda en estos casos más de lo que tarda normalmente, es preciso encontrarle un motivo particular; en efecto, tal motivo radica en el origen de esos recuerdos capaces de generar afecto. Siendo trazas de vivencias de dolor, han estado catectizados (de acuerdo con nuestra hipótesis del dolor) con excesiva Qj [cantidad perteneciente a las neuronas j] y han adquirido una excesiva facilitación hacia el desencadenamiento de displacer y de afecto. Por consiguiente, deberán recibir del yo una «ligadura» especialmente considerable y reiterada, a fin de poder compensar esa facilitación hacia el displacer.

El hecho de que los recuerdos sigan teniendo carácter alucinatorio durante tan largo tiempo, también requiere una explicación, que sería de importancia precisamente para nuestro concepto de la alucinación misma. Es lógico suponer que la capacidad de un recuerdo para generar alucinaciones, como su capacidad de generar afectos, son signos de que la catexis del yo todavía no ha adquirido ninguna influencia sobre el recuerdo y de que en éste predominan los métodos primarios de descarga y el proceso total o primario.

Estamos obligados a suponer que en los estados de alucinamiento la cantidad (Q) fluye retrógradamente hacia j, y con ello hacia W (w); por tanto, una neurona ligada no permite tal reflujo. Cabe preguntarse también si lo que posibilita dicho reflujo es la excesiva magnitud de la cantidad que catectiza el recuerdo, pero aquí debemos recordar que tal cantidad considerable (Q) únicamente se encuentra en la primera ocasión, en la vivencia misma del dolor. Al producirse sus repeticiones sólo nos encontramos ante catexis mnemónicas de magnitud habitual, que, no obstante, genera alucinación y displacer. Sólo podemos presumir que lo logran en virtud de una facilitación extraordinariamente intensa. De ello se desprende que una cantidad j de magnitud común basta perfectamente para asegurar el reflujo y para excitar la descarga, con lo cual gana importancia el efecto inhibidor de la ligadura por el yo.

Finalmente se logrará catectizar el recuerdo del dolor en forma tal que ya no pueda exhibir reflujo alguno y que sólo pueda desencadenar un mínimo displacer. Estará entonces dominado, y lo estará por una facilitación cogitativa suficientemente poderosa para sostener un efecto permanente y para volver a ejercer una inhibición cada vez que se repita posteriormente dicho recuerdo. La vía que conduce al desencadenamiento de displacer aumentará gradualmente su resistencia en virtud del desuso, pues las facilitaciones están sujetas a una gradual decadencia (es decir, al olvido). Sólo una vez que esto haya ocurrido, el recuerdo habrá llegado a ser un recuerdo dominado, como otro cualquiera.

Parece, empero, que este proceso de sometimiento del recuerdo deja tras de sí rastros permanentes en el proceso cogitativo. Dado que antes quedaba interrumpido el curso del pensamiento cada vez que se activaba la memoria, y se suscitaba displacer, surge ahora una tendencia a inhibir el curso del pensamiento en cuanto al recuerdo sometido genere su traza de displacer. Esta tendencia es muy conveniente para el pensamiento práctico, pues un eslabón intermedio que lleve al displacer, de ningún modo puede hallarse en la vía perseguida hacia la identidad con la catexis desiderativa. Así surge una defensa cogitativa primaria, que en el pensamiento práctico toma el desencadenamiento de displacer como señal de que una vía determinada habrá de ser abandonada, es decir, de que la catexis de la atención deberá dirigirse en otro sentido [*]. Aquí, una vez más, es el displacer el que dirige la corriente de cantidad (Qh), tal como lo hizo de acuerdo con la primera regla biológica. Se podría preguntar por qué esta defensa cogitativa no se dirigió contra el recuerdo cuando aún era capaz de generar afecto. Cabe presumir, sin embargo, que en esa oportunidad se le opuso la segunda regla biológica, la regla que postula la atención frente a todo signo de realidad y la memoria aún

indómita era perfectamente susceptible de imponer la producción de signos reales de cualidad. Como vemos, ambas reglas se concilian perfectamente en un mismo propósito práctico.

Es interesante observar cómo el pensamiento práctico se deja guiar por la regla biológica de defensa. En el pensamiento teorético (cognoscitivo y crítico) ya no se comprueba la intervención de dicha regla. Esto es comprensible, pues en el pensamiento intencional se trata de encontrar un camino cualquiera, pudiéndose descartar todos los que estén afectados de displacer, mientras que en el pensamiento teorético habrán de ser explorados todos los caminos.

[4]

Cabe preguntarse todavía cómo es posible que ocurra el error en el curso del pensamiento. ¿Qué es el error?

Tendremos que examinar aún más detenidamente el proceso del pensamiento. El pensamiento práctico, del que procede todo pensamiento, sigue siendo también la meta final de todo proceso cogitativo. Todas las demás formas son derivados de aquél. Es una evidente ventaja si la conversión cogitativa que tiene lugar en el pensamiento práctico ha podido ser cumplida de antemano y no necesita ser realizada una vez surgido el estado de expectación, pues: 1) se gana un tiempo que podrá ser dedicado a la elaboración de la acción específica; 2) el estado de expectación está lejos de ser particularmente favorable al decurso cogitativo. El valor de la prontitud durante el breve intervalo que media entre la percepción y la acción se evidencia considerando la celeridad con que cambian las percepciones. Si el proceso del pensamiento ha persistido demasiado, su resultado se habrá invalidado en el ínterin. Por tal razón, premeditamos.

El primero de los procesos cogitativos derivados [del pensamiento práctico] es el de la judicación, a la cual el yo llega gracias a algo que descubre en su propia organización: gracias a la ya mencionada coincidencia parcial entre las catexis perceptivas y las noticias del propio cuerpo. En virtud de ella, los complejos perceptivos se dividen en una parte constante e incomprendida -la cosa- y una parte cambiante y comprensible: los atributos o movimientos de la cosa. Dado que el «complejo-cosa» sigue reapareciendo en combinación con múltiples «complejos-atributo», y éstos, a su vez, en combinación con múltiples «complejos-cosa», se da la posibilidad de elaborar vías de pensamiento que lleven de estos dos tipos de complejos hacia el «estado de cosa» deseado, de una manera que tenga, en cierto modo, validez general y que sea independiente de la circunstancial y momentánea percepción real [*]. La actividad cogitativa realizada con juicios, en lugar de complejos perceptivos desordenados, significa, pues, una considerable economía. Pasamos por alto aquí la cuestión de si la unidad psicológica así alcanzada también está representada en el decurso del pensamiento por una unidad neuronal correspondiente y si ésta es otra que la unidad de la imagen verbal.

El error puede inmiscuirse ya en el establecimiento del juicio. En efecto, los complejos-cosa a los complejos-movimiento no son nunca totalmente idénticos, y entre sus elementos discrepantes puede haber algunos cuya omisión vicie el resultado en la realidad. Este defecto del pensamiento tiene su origen en la tendencia (que efectivamente estamos imitando aquí) a sustituir el complejo por una neurona única, tendencia a la que nos impele la inmensa complejidad [del material]. He aquí las equivocaciones del juicio por defectos de las premisas.

Otra fuente de error puede radicar en la circunstancia de que los objetos perceptivos de la realidad no sean percibidos completamente por hallarse fuera del campo de los sentidos. He aquí los errores por ignorancia, ineludibles para para todo ser humano. Cuando no es éste el caso, puede haber sido defectuosa la precatectización psíquica (por haber sido distraído el yo de las percepciones) llevando a percepciones imprecisas y a decursos cogitativos incompletos: he aquí los errores por atención insuficiente.

Si ahora adoptamos, como material de los procesos cogitativos, los complejos ya juzgados y ordenados, en vez de los complejos vírgenes, se nos ofrecerá la oportunidad de abreviar el propio proceso cogitativo práctico. En efecto, si se ha demostrado que el camino que lleva de la percepción a la identidad con

la catexis desiderativa pasa por una imagen motriz M, será biológicamente seguro que, una vez alcanzada dicha identidad, esta M quedará totalmente inervada. La simultaneidad de la percepción con M creará una intensa facilitación entre ambas, y toda próxima percepción evocará M sin necesidad de ningún decurso asociativo. (Esto presupone, naturalmente, que sea posible establecer en cualquier momento una conexión entre dos catexis.) Lo que originalmente fue una conexión cogitativa laboriosamente establecida, conviértese ahora, merced a una catectización total simultánea, en una poderosa facilitación. Sólo cabe preguntarse acerca de ésta si sigue siempre la vía originalmente descubierta, o si puede recorrer una línea de conexión más directa. Esto último parecería ser lo más probable y al mismo tiempo lo más conveniente, pues evitaría la necesidad de fijar vías de pensamiento que deben quedar disponibles para otras conexiones de la más diversa especie. Además, si la vía cogitativa no está sujeta a la repetición, tampoco podrá esperarse en ella facilitación alguna, y el resultado se fijará mucho mejor por medio de una conexión directa. Quedaría por establecer, empero, de dónde procede la nueva vía, problema que seria simplificado si ambas catexis, W y M, tuviesen una asociación común con una tercera.

La porción del proceso cogitativo que pasa de la percepción a la identidad, a través de una imagen motriz, también podrá ser resaltada y suministrará un resultado similar si la atención fija la imagen motriz y la pone en asociación con las percepciones, que asimismo habrán vuelto a ser fijadas. También esta facilitación cogitativa se restablecerá cuando ocurra un caso real.

En este tipo de actividad cogitativa, la posibilidad de errores no es obvia a primera vista; pero no cabe duda de que se podrá adoptar una vía cogitativa inadecuada o que se podrá resaltar un movimiento antieconómico, dado que, después de todo, en el pensamiento práctico la selección depende exclusivamente de las experiencias reproducibles.

Con el creciente número de recuerdos surgen cada vez nuevas vías de desplazamiento. De ahí que se considere conveniente seguir todas las percepciones hasta el final para hallar, entre todas las vías, las más favorables. Esta es la función del pensamiento cognoscitivo, que así aparece como una preparación para el pensamiento práctico, aunque en realidad sólo se haya desarrollado tardíamente de este último. Sus resultados tienen valor para más de una especie de catexis desiderativa.

Los errores que pueden ocurrir en el pensamiento cognoscitivo son evidentes: la parcialidad, cuando no se evitan las catexis intencionales, y la falta de integridad, cuando no se han recorrido todos los caminos posibles. Claro está que en este caso es de incalculable utilidad que los signos de cualidad sean evocados simultáneamente. Cuando estos procesos cogitativos seleccionados son introducidos en el estado de expectación, es posible que todo el decurso asociativo, desde su eslabón inicial hasta el terminal, pase por los signos cualitativos, en vez de pasar por toda la extensión del pensamiento, y ni siquiera es necesario que la serie cualitativa coincida entonces totalmente con la serie cogitativa.

El displacer no desempeña ningún papel en el pensamiento teorético, de ahí que éste también sea posible en presencia de recuerdos «dominados».

Quédanos por considerar otra forma de pensamiento: el crítico o examinador. Este tipo de pensamiento es motivado cuando, a pesar de haberse obedecido todas las reglas, el estado de expectación, con su acción especifica consiguiente, no lleva a la satisfacción, sino al displacer. El pensamiento crítico, procediendo tranquilamente, sin ninguna finalidad práctica y recurriendo a todos los signos de cualidad, trata de repetir todo el decurso de cantidad (Qh) [*], con el fin de comprobar algún error de pensamiento o algún defecto psicológico. El pensamiento crítico es un pensamiento cognoscitivo que actúa sobre un objeto particular: precisamente sobre una serie de pensamientos [cogitativa], ya hemos visto en qué pueden consistir estos últimos [¿los defectos psicológicos? I.]; pero, ¿en qué consisten los errores lógicos?

Brevemente dicho, en la inconsideración de las reglas biológicas que gobiernan el decurso cogitativo [las series de pensamientos]. Estas reglas establecen hacia dónde debe dirigirse en cada ocasión la catexis de la atención y cuándo debe detenerse el proceso del pensamiento. Están protegidas por amenazas de displacer, han sido ganadas por la experiencia y pueden ser traducidas sin dificultad a las reglas de la lógica, lo que habrá de ser demostrado en detalle. Por consiguiente, el displacer intelectual de la contradicción, ante el que se detiene el pensamiento examinador [crítico], no es otra cosa sino el displacer acumulado para proteger las reglas biológicas, que ahora es activado por el proceso cogitativo incorrecto.

La existencia de estas reglas biológicas queda demostrada precisamente por la sensación de displacer provocada por los errores lógicos [*].

En cuanto a la acción, sólo podremos imaginárnosla ahora como la catectización total de aquellas imágenes motrices que hayan sido destacadas durante el proceso cogitativo, y también quizá de aquellas que hayan formado parte de la porción arbitraria [¿intencional? I.] de la acción especifica (siempre que haya existido un estado de expectación). Aquí se renuncia al estado de ligadura y se retraen las catexis atentivas. En cuanto a lo primero [el abandono del estado de ligadura], obedece sin duda a que el nivel del yo ha caído inconteniblemente ante el primer pasaje [de cantidad] desde las neuronas motrices. No se debe pensar, naturalmente, que el yo quede completamente descargado a consecuencia de actos aislados, pues ello sólo podrá suceder en los actos de satisfacción más exhaustivos. Es muy instructivo comprobar que la acción no tiene lugar por inversión de la vía recorrida por las imágenes motrices, sino a lo largo de vías motrices especiales. De ahí también que el afecto agregado al movimiento no sea necesariamente el deseado, como debería serlo si se hubiese producido una simple inversión de la vía original. Por eso es que en el curso de la acción debe efectuarse una nueva comparación entre las noticias de movimiento entrantes y los movimiento ya precatectizados, y debe producirse una excitación de las inervaciones correctoras, hasta alcanzar la identidad. Aquí nos encontramos con la misma situación que ya comprobamos en el caso de las percepciones, con la única diferencia de que aquí es menor la multiplicidad, mayor la velocidad y existe una descarga constante y total, que allí faltaba por completo. Pero la analogía es notable entre el pensamiento práctico y la acción eficiente. Esto nos demuestra que las imágenes motrices son sensibles [sensoriales. I.]. Sin embargo, el hecho peculiar de que en el caso de la acción sean adoptadas nuevas vías, en lugar de recurrir a la inversión mucho más simple de la vía original, parece demostrar que el sentido de conducción de los elementos neuronales está perfectamente fijado, al punto que el movimiento neuronal quizá tenga distinto carácter en uno y en otro caso.

Las imágenes motrices son percepciones, y en calidad de tales poseen, naturalmente, cualidad y despiertan consciencia. También es evidente que en ocasiones pueden atraer la más considerable atención. Pero sus cualidades no son muy llamativas y quizá no sean tan multiformes como las del mundo exterior; no están asociadas con imágenes verbales, sino que en parte sirven más bien a esta asociación. Es preciso recordar, sin embargo, que no proceden de órganos sensoriales altamente organizados y que su cualidad es evidentemente monótona [véase el parágrafo 9 de la primera parte].

«Sigmund Freud: Obras Completas», en «Freud total» 1.0 (versión electrónica)